

A SI fue que ocurrió la dicha permuta de esclavos y de alhajas, tilín tilán, de la que con tanta machacadura se habla sin asujeter la lengua. ¿No la vido entonces nunca a doña Epifanía del Carmen? ¿Qué curioso! ¿No la vido a ella jamás de lo jamases ese su talante altanero que siempre llevaba consigo? Así era ella de paradita, todo el tiempo engallada como un verdadero gallito chichilí. ¿Ni pintada en retrato siquiera la vido? Aparecía así de encarada, muy alabastrina, con un matojo arduo de cabellos enrubriados que se los enrosca majestuosa para arriba igual que las onzas de oro. Pero el vivo adorno que más lucía en su estofado regio y que le llenaba el ojo a cualquiera, era que se manejaba un culo divino, diantre, un culo que anunciaba la buenaventura sin necesidad de bullarengue, un molinillo que se le movía al vaivén del godeo y que le mecía la cola de sus vestidos de seda lo mismo que si fuese una verdadera batallona de artificio. Porque todos los andularios que usaba encima de su cuerpo resultaban intencionalmente coludos, como la pájara pinta, y estaban hechos de una seda muy fina, seda original del bosque de la China seguramente, y con siguemepollos de aliño y un acampanado veludo con apariencia de bóveda azulada bañada de ambrosía. Pero una vez que se le jeteaba la campana de sus vestidos, ella fruncía el gesto, se tornaba hocicona, peor que negra malgeniada, y echaba el vestido con toda su farandola a la candelera. No se lo daba a la servidumbre, como hacían otras blancas pretensiosas, sino que lo echaba a la candelera, ahí en el patio del caserón de Cahuachi, en ese almizcate donde estaban las lavanderas de servicio y esclavaje, indias y negras, hirviendo la ropa blanca en grandes bocoyes, con tarsana, choloque, jaboncillo, sal de soda y lejía de ceniza. Iba, muy pagada de su suerte, envuelta en soberano desplante, y ¡zas! arrojaba el vestido jeteado a la candelera de esos fogones de campaña.

Doña Epifanía del Carmen, tan mentada que hasta le hicieron, en socavón, una canción cascabelera acompañada con sonsonetes y raspamates, que decía que ella batía el culo blanco como una batea llena de espuma. Ella, doña Epifanía del Carmen, y que de consumido hasta el tuétano por dicha batidera de socotroco fue que se le murió el marido, don José Antonio Olaechea, el que otrora llegó a ser dueño de Cahuachi, de Estanquería, de Tambo de Perro, pero claro que no del fundo Ayapana que en su momento siempre perteneció a los Pereira, esos serranos colorados, pucapicantes, que alguna vez bajaron empolainados y alindongados de diablo fuerte desde las alturas de Lucanas, con taleguitas de oro en los alforjones, que con ese capital cantante y sonante compraron después tierras en el valle de Nazca. Así, de dicha manera, fue que brotó la ocurrencia de la canción que le cantaban a es-

Crónica de diablos y de músicos

Fragmento inédito de la novela ganadora del último premio Gaviota Roja

Con carácter de exclusividad, CARETAS les ofrece un fragmento del primer capítulo de la última novela de Gregorio Martínez, la cual aún es inédita, además de ganadora del premio de novela Gaviota Roja en su última versión. Martínez, nacido en Coyungo (Nazca) en 1942, ha sido profesor de literatura en las universidades de San Marcos y Montpellier, desempeñando actualmente la docencia literaria en Denver, Colorado. Además es autor de "Tierra de Caléndula", "Canto de Sirena" (traducida al francés) y de "La Gloria del Piturrín y otros embrujos de amor". Considerado el narrador de lo popular, Martínez desarrolla sus historias en los polvorientos y áridos paisajes de la costa sur media del país, su tierra. En este capítulo su sabroso estilo narrativo nos traslada a una permuta de esclavos —cómo ocurrían hace más de un siglo— en la Plaza de Armas de Nazca.



Martínez, el escritor de Coyungo.

condidas a doña Epifanía del Carmen, con sonsonetes y raspamates, todos los jornaleros de esas pampas, ya fuesen indios, ya fuesen negros, mestizos o notendiendo, porque el caso resultaba al trasluz que andaban encompinchados en la urdimbre de ese menester licencioso, y entonces, tilín, soltaban aquello de que don José Antonio Olaechea murió de tanto bate bate chocolate y muele, muele la canela. Pero la canción aseñalaba de punta a cabo y ponía el remache de que fue ella, doña Epifanía del Carmen, la que lo envió en la incontinencia de la carne cruda, pues había cogido la maña de meterse una flor de chamico morado en la mera raja peluda del zapallón y después, en la noche, le ponía al marido, adeba-

jo de la almohada, esa flor desgonzada, trasminada de un manido hedor espeso. Y con esa picadura de la tarántula que lo alanceó a él, ¡tate!, ella envió pronto, y con la florescencia de la viudez a doña Epifanía del Carmen se le redondeó más el culo, se le enrularon los pendejos, le creció un pizco de papada, los pechos se le llenaron como melones de barbecho y le salieron en los sobacos, a pique de criar golondrinos, champas de pelo rubio que se le notaba cuando alzaba los brazos para enrosarse el cabello hacia arriba, como si ella misma en persona fuera el buscado vellocino de oro.

Doña Epifanía del Carmen, viuda de Olaechea, aunque ella por la parte de su padre era Fernandini, hija y hechura

de Augusto Fernandini, aquel cogotudo que fue dueño, antes que los Rizo Patrón, de la codiciada mina Sol de Oro, en la jurisdicción de Nazca, al pie de la subida hacia Pampa de Galeras, y propietario también de la Caudalosa, ese boquerón ubicado en la quebrada de El Ingenio y que en aquellos tiempos botaba oro como muela de gallo. ¿De verdad que no la vido nunca a doña Epifanía del Carmen? ¡Qué curioso! Sin embargo la permuta fue un hecho tal y cual. Los cuatro esclavos de la dicha permuta pertenecían a la Virgen, a la venerada imagen del Perpetuo Socorro que estaba en el templo de Nazca, aunque en verdad no era imagen sino una virgen en bulto, de yeso

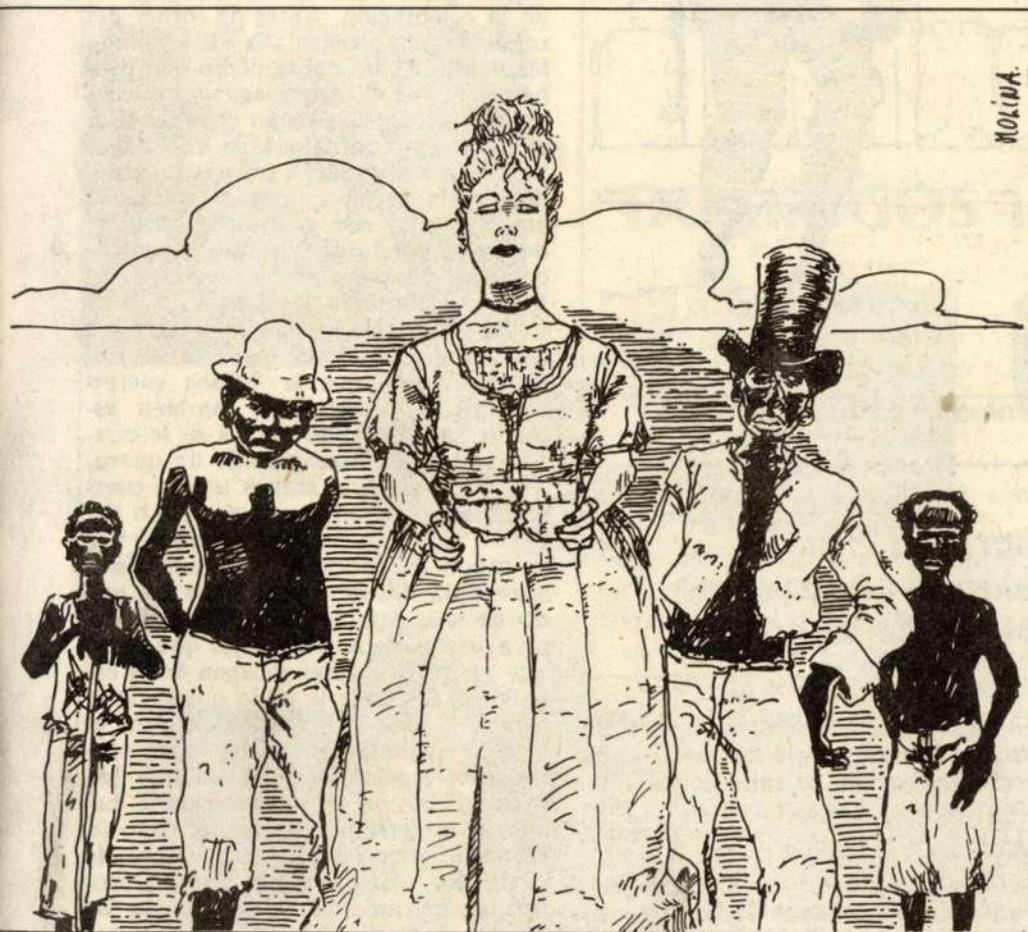
ta eran propiedad de la Virgen y aparecían asentados por escrito en el registro patrimonial de la venerada imagen del Perpetuo Socorro, con todas las aseñaladuras que llevaban en el cuerpo y en la costumbre, todo al corriente y en orden, conforme a la usanza de la escribanía, pues en aquello del manejo de la pluma y del tintero los padres curas estaban bien adiestrados, conocían el oficio y enredaban las palabras unas con otras en un tejemaneje artificioso que más que ministros del Señor parecían verdaderas arañas de pleito y letrería. Y ¿quién iba a ponerse a porfiarle a la Santísima Señora, madre de Jesucristo? Unico doña Epifanía del Carmen, no por pingo de oro sino que

compensación con los cuatro esclavos para sacarles de los lomos lo que ella había sacado del baulito de bambú.

Así fue. Hasta se anunció con bando la permuta. Con tamboril y requinto y pregonero de largo aliento. Primero en la Plaza de Armas que nada más era un terral con un jacarandá raquí-tico en el centro y rodeado de chipos en lugar de casas. Luego en cada esquina. En la entrada y en la salida del Puente de Palo. En la puerta de la cantina "El Palenque". La chacarrahaca se abrió paso con el redoble del viejo Metreque que le allanó el camino a la chirimía de Eleuterio Moquillaza, para acabar en la voz inconfundible de Machico Parra. Así fue el bando aquel, con todas sus vírgulas y sus detalles. Después, para hacer más alarde de su pudencia, doña Epifanía del Carmen pagó al chinchín para que el bando no se quedara sólo en un decir, en un pregón que podía llevarse el viento, sino que apareciera publicado letra a letra, con orlas y filifljes, en El Mercurio Peruano, bajo el título de "Edicto de Permuta". Y dicho y hecho, así apareció en el conocido periódico de los próceres de la independencia, para que los letrados de Lima supieran que en Nazca también había filantropía. Eran cuatro esclavos de diversa laya y cada quien manejaba la lengua bozal, el castellano gorgoriteado, de distinto modo y con diferente manganilla, como si lo hicieran adrede, en son de arremedo, pues en aquello de ser artificiosos, los cuatro, uno por uno, tenían la lección bien aprendida, al dedillo, y ponían más esmero que cuando les tocaba rezar el rosario que solamente lo rezongaban para salir del apuro.

Entre los cuatro esclavos, el más

"... Plaza de Armas que nada más era un terral con jacarandá raquí-tico en el centro."



"Doña Epifanía del Carmen se quedaría en compensación con los cuatro esclavos..."

pintado primorosamente. Los esclavos permanecían sujetos en poder de don Enrique Pereira, pero él únicamente los tenía en depósito, en el fundo Aya-pana, eso sí con derecho a usufructo, así se decía, para compensar la man-tención que les daba: un sango de maíz entreverado con manteca rancia, manteca de puerco que en aquellos años era como una industria. Para entonces ya casi no quedaban esclavos, aunque los jornaleros por medio salario y una chufra al mediodía tenían que deslomarse en la pampa, lampa en mano, igual que antes, porque los caporales, vendidos al patrón y lameculos por vocación, metían ronzalazos primero y carajazos después. Pero los cuatro esclavos de la susodicha permu-

tas caudales le daban el alcance para empinarse hasta cualquier altura. Aunque tampoco se puso a porfiarle a la Virgen, pues lo que hizo fue ofrecerle en permuta unas alhajas sobrantes que tenía en un baulito de bambú a cambio de los cuatro esclavos. Se decía que doña Epifanía del Carmen aseguraba que cuando le preguntó a la Virgen si quería la permuta, la venerada imagen había dicho que sí. No salió palabra de la boquita pintada de la Virgen ni se movieron sus labios benditos, pero había hecho una señal afirmativa con la cabeza como si su cuerpo de yeso hubiese cobrado en ese momento vida natural. De modo que la Virgen recibiría la primorosa joyería y doña Epifanía del Carmen se quedaría en

plantado, a la legua, resultaba Juaniquillo Comecome, negro congo duango que, según estaba asentado en el registro patrimonial de la Virgen, con escritura de garrapata, andaba por los 24 años, y era alto y fornido, con la dentadura completa y bien pareja, así lo pregonaba el bando, y buenas espaldas, y cintura de avispa, añadía la gente, a punto para el meneo y para sacar camada, pensaba doña Epifanía del Carmen, pues todo aquello ella lo veía como un negocio ventajoso. El tal Juaniquillo Comecome tenía la cara marcada por ambos lados y los pallares de las orejas agujereados, además de la marca VPS en el hombro derecho. Los otros tres esclavos, cada quien sobrellevaba lo suyo propio, su naturaleza abierta, montaraz, y sus de-

signios ocultos. Miguelillo Avilés que llevaba la seña de la Virgen en la paletilla izquierda, bordeaba los 40 años, pero manejaba como gavilán los siete oficios y podía trabajar bajo sombra y también a pleno sol, con buril y garlopa o con lampa y machete, y si se trataba de hacha le daba igual. En cambio Pedrillo Camalango apenas había cumplido los 17 años y era tan estirado y calancón que a la vista se notaba que hacía falta alimentarlo mejor para que agarrara cuerpo. Tenía por marcas unas rajaduras hechas a la diabla en los pallares de las orejas. Pancho Grande, de 29 años, era un gigantón un tanto lerdo, pero efectivo para el trabajo de pura fuerza y útil para imponer respeto aunque fuese sólo haciendo bulto. Llevaba la marca de la Virgen en el costillar izquierdo.

Al lado de esa lustrosa mercancía, doña Epifanía del Carmen puso como contrapeso su baulito de bambú, traído desde el bosque de la China posiblemente, y fue sacando, en público, una por una, ante testigos y notario, las susodichas alhajas adventicias. Pocas veces se le había visto tan fachosa y emperejilada que sin que hiciera nada los primores le florecían en el cuerpo igual que candelillas de enero. Estaba parada y resumía un olor a ramillete de Constantinopla y la cola de su vestido de seda se mecía solita como si adebajo tuviera una palpitación eterna. Primero exhibió en el aire un rosario de granates intercalados con perlas que terminaba en una cruz de oro colorado. En seguida sacó un prendedor de oro blanco, ribeteado con oro rosado, que llevaba en el centro una perla color humo y del tamaño de un alverjón. Después hizo ver una caravanita de diamantes con sus respectivos garrotillos y quitipón y una hilera de perlas pimienta. Finalmente extrajo una gargantilla de lapislázuli matizada con garbanzos de oro amarillo que ella misma, empuñándose y luciendo la cola de su vestido de seda, se la puso a la Virgen para que desde ese momento, con tan alto auspicio, todo el monte fuera orégano.

Eso fue. Así ocurrió. De aquella manera, gracias a la generosidad de doña Epifanía del Carmen, fue que los aseñalados cuatro esclavos de la Virgen del Perpetuo Socorro, nacidos unos en aquella misma tierra polvorienta y otros en la lejanía de ultramar, pero todos con el cuerpo y el alma en recova, sumidos en la vendeja, y con el recuerdo de sus orígenes ya entreverado, de aquella manera, decía, fue que dichos esclavos recalaron en Cahuachi, ahí en esa heredad donde doña Epifanía del Carmen se solazaba a su antojo y tenía la sede del gobierno de sus haciendas y su casa principal, la casa grande, blanca como un convento, aderezada con arcos y con ventanales encortinados, que sola hacía más bulto que el caserío entero de indios y de negros que trabajaban



Infatigable pregonero de entonces.

“... decía que ella batía el culo blanco como una batea de espuma...”

como jornaleros, como yanacones, como locatarios, como siervos o como esclavos. Trabajo de sol a sol y a golpe de campana. Aunque yanacones y locatarios vivían más bien desparramados, cada quien cerca de la parcela que le correspondía cuidar con celo para hacerla producir más de lo corriente si era que le interesaba conservarla para sembrar un surco de maíz, un surco de frejol. Por eso era que como caserío Cahuachi siempre fue insignificante, una ranchería apegada al caserón de la hacienda, rodeada de huarangos, algodonales y viñedos, que no parecía ni la sombra ni el pálido retrato de lo que antes, en la antigüedad de los gentiles, había sido Cahuachi, la ciudad enterrada, vasta y misteriosa, que aún estaba ahí, disimulada en los enormes promontorios cubiertos de arena muerta que se alzaban sobre el desierto barrido por los vientos desahorados de la paraca.

Y entonces, al llegar a Cahuachi, Miguelillo Avilés, el gavilán de los siete oficios, maduro pero siempre soñador y lleno de ideas, pues le gustaba dejar volar la inventiva, se dio cuenta que de toda la uva que se ven-

dimiaba únicamente sacaban cachina, ningún otro provecho, a pesar de que los viñedos se cargaban de racimos como una tentación y pisadores de uva sobraban. Claro que la cachina no era aguapié ni chocoli, sino un buen caldo de parras, pero de cualquier manera siempre valía la pena variar, no podían estar todo el tiempo repitiendo la misma fórmula, esa fermentación que se interrumpía a los pocos días en base a cierto amague y que entonces ya podía consumirse, traspaleada o turbia, de modo dispendioso y sin medida en las fiestas de carnaval, porque en esos días, y hasta el miércoles de ceniza, Cahuachi se convertía en la capital de la tambarria, y desde todos los rumbos llegaba gente para encender el jolgorio de la celebración. Antes de sorber del calabazo una tragantada de cachina, Miguelillo Avilés había dicho que probar cada vez el mismo aguaje no estaba bien ni siquiera como vicio, peor si se trataba de un bebestible de halago. Se había demorado a propósito, paladeando la cachina antes de soltársela en el tragalar con el mismo empaque de los entendidos, entonces aseñaló, como si lo estuviera leyendo en las fojas del libro de la ciencia del bien y del mal, que la cachina podía ser casi la divina gloria, pero se sentía, sin equívoco, que le faltaba cuerpo y por lo consiguiente también espíritu. A Miguelillo Avilés se le ocurría que la cachina parecía un querubín celestial, pues ambos tenían cuerpo flojo y espíritu menguado. Lo decía en un tono de sentencia, con ese su modo de hablar que era una maña aprendida. Luego aseguró que del caldo de uvas también se podía elaborar un aguardiente mucho mejor que aquel que en otros lugares sacaban de la cañadulce. Ya nada le pudo quitar de la cabeza la idea de la destiladora para elaborar aguardiente. Ni las temblorosas advertencias de aquellos que habían sufrido en el calabozo de la hacienda la terrible tortura del cepo lo hicieron retroceder en sus afanes de destilador. Empecinado en su propósito, de incontables modos se las ingenió para que cualquier trasto barrigudo pudiera servirle de alambique y alguna tubería sobrante como serpentín. Así, metido en esa ventolera, llenando el aire de un silbido melodioso, iba y venía de la Ceca a la Meca, hasta que logró un chorrito cristalino y fragancioso, como las propias rosas, que cuando estaba tibio pasaba suave por la garganta, pero al enfriarse resultaba al revés, pues se volvía pura candela, un verdadero quemabuche, sólo que parecía hecho de la legítima quinta esencia del rocío matinal. Entonces quienes conocían la particularidad del hallazgo, se le acercaban sigilosamente y le repetían en el oído esa palabra inquietadora: aguardiente. Le soltaban la demanda como si fuera una burbuja, en especial las mujeres, las más calenturientas, esas que no tenían que hacer con el recato. ■